
ENCICLOPEDIA
5
URUGUAYA
La conquista espiritual
Alberto Methol Ferré

La conquista espiritual

Las Misiones

Alberto Methol Ferré

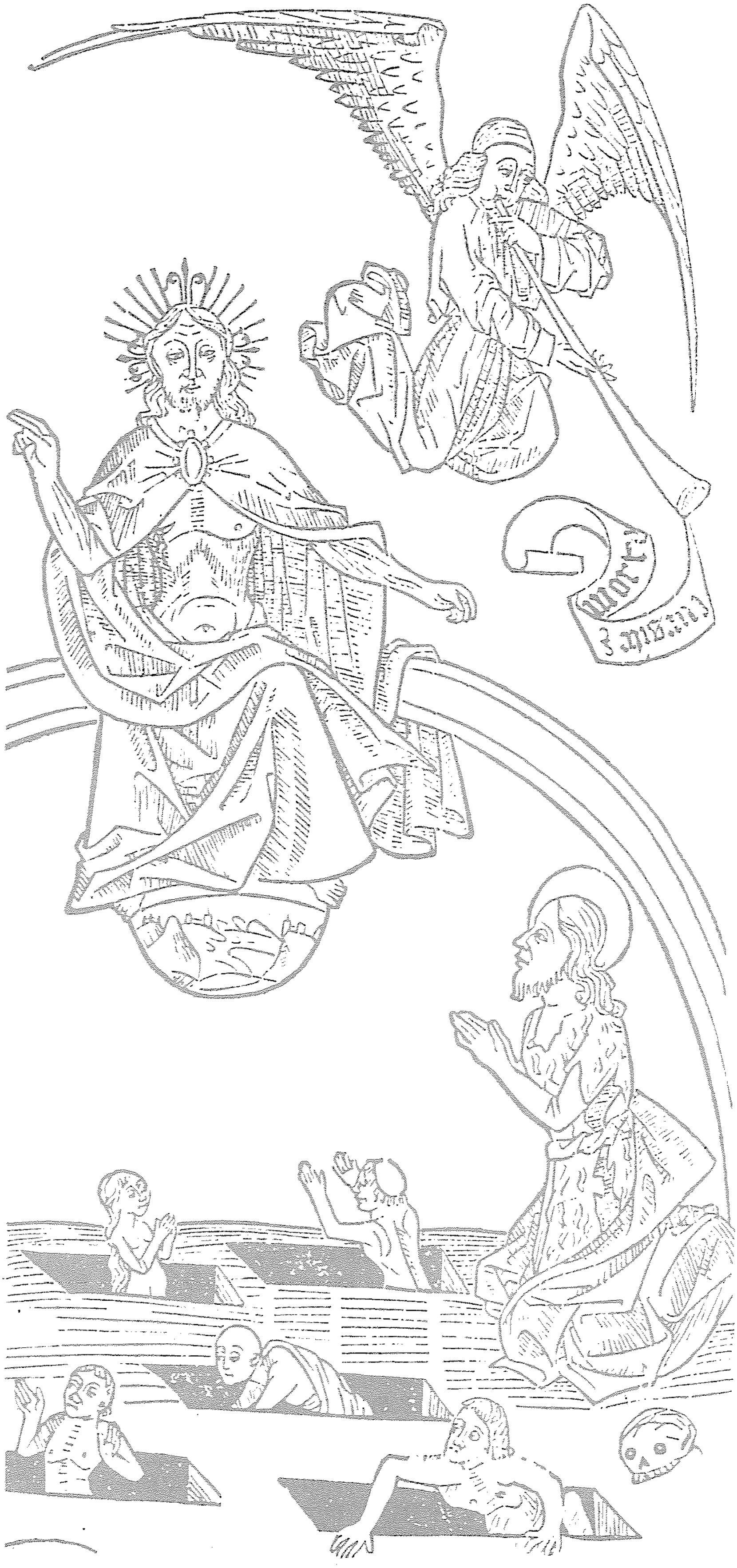


San Roque. Talla en madera misionera

1. Dialéctica de Evangelio y dominación

Desde la Península Ibérica se inicia a fines del siglo XV el gran movimiento unificador de la historia del hombre. Colón y Vasco da Gama abren las puertas de la historia universal, que recién en nuestros días adquiere su plena y conjunta dinámica planetaria. Antes, a través de pausados milenios, el mundo histórico no era una unidad inteligible, sino que estaba como desperdigado en múltiples focos relativamente independientes.

Es a través de la constitución de "Imperios Universales", que poco a poco la historia comienza a concentrarse en regiones cada vez mayores, y en el último milenio pueden visualizarse cuatro grandes áreas de civilizaciones: China, India, el Islam y la Europa Cristiana, situadas en el hemisferio Norte de la gran Isla Mundial (Europa, Africa, Asia), en tanto que emergían en las vísperas del Descubrimiento, en la Isla Continental (América), las altas culturas más primitivas de los Imperios Azteca e Inca pero totalmente marginales y aislados de los otros. Todos eran como grandes islotes civilizados en un océano de barbarie neolítica o paleolítica, al que penetraban lentamente, por difusión. Sin embargo, el aislamiento de las cuatro grandes áreas culturales nunca fue completo, incluso su semilla remota les es común: la Mesopotamia. Sólo que su parentesco fue haciéndose oscura extranjería. Pero sus contactos no se interrumpieron totalmente. Europa comunicaba con el Islam, éste con la India, y ésta con China. Y a su vez, China revertía a través de las estepas sobre Europa, y de esa relación será Rusia.



"Yo soy el camino, la verdad y la vida".

Desde el alba de la historia, en Mesopotamia, ninguna hazaña comparable a ese segundo gran salto histórico que realizan España y Portugal. Señala el momento crítico en que, de la dispersión milenaria, las etnias humanas giran hacia o en el vertiginoso y explosivo proceso de reencuentro. Si la historia universal empieza como historia universal en Europa, su primer nombre será de España y Portugal, y el Papado de Roma, con Alejandro Borgia, trazará desde el apogeo renacentista, en su último gesto de autoridad temporal medieval, la línea divisoria de Tordesillas que dividirá, uniendo, al mundo entero.

Esa Europa en su épica comercial y guerrera de circunvalación, es también cristiana. Es hija a través de edades oscuras y luminosas de la Iglesia. ¿Y qué es la Iglesia? ¿De dónde viene? Proviene de un diminuto pueblo, Israel, progenie del nómade Abraham, en la encrucijada del mundo mesopotámico, y que recibió de Moisés la suprema revelación de Dios: *"Yo soy el que Es"*. En el principio, en el origen, es Alguien y no Algo, y el hombre no es mero momento de la cosa, sino el "alguien" por quien todas las cosas adquieren sentido. Primero es la Persona y no la Cosa. Esta revelación y mensaje insólito de Israel culmina en la Encarnación, la apertura del centro, alfa y omega de la historia, Cristo, Hijo del Hombre e Hijo de Dios. Cristo es el Evangelio, la Buena Nueva: *"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida"*. Así, en Cristo la historia universal revela y confirma su sentido inmanente y trascendente, su unidad originaria y de destino, rompe la aparente noria del eterno retorno de la Naturaleza, del cambio infinito de la Cosa, y abre la conciencia de la historicidad, del futuro, de la esperanza, en el dinamismo ascendente de la escatología, en la edificación de *"los nuevos cielos y las nuevas tierras"*, como una segunda creación en agraz, con dolores de parto, en la intimidad misma de la Creación, puesta en manos de la libertad humana, en la decisión y quehacer del hombre.

Esta irrupción de lo Eterno en la historia, que pone a la luz el valor de la historicidad humana y cósmica, se resuelve en la hondura abismal de la sencillez: Dios, el Logos, es Amor: *"por haber amado tanto al mundo le dio su hijo único"*, tal la razón del Universo y del hombre. Lo proclama Juan: *"El amor es de Dios, y cualquiera que ame es nacido de Dios y conoce a Dios. Aquel que no ama no es conocido de Dios, pues Dios es amor". "Si alguien dice: Yo amo a Dios, y odia a su hermano, es mentiroso; puesto que aquel que no ama a su hermano a quien ve ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve?"* El amor de Dios, primer mandamiento, y el más grande, se asemeja y hace lo mismo con el segundo: ama a tu prójimo como a ti mismo. El amor es fundamento y sentido de la historia, la atraviesa y penetra a través de la contradicción, gestando y en pos del Reino de Dios, la plenitud de los tiempos donde no habrá: *"ni judío ni griego, ni señor ni esclavo, ni hombre ni mujer, pues todos somos uno con Cristo Jesús"* (S. Pablo, Gálatas, III-28).

Esta dimensión radical, motora e imperativa de la historia, explica cómo en tierras cristianas germinan sin cesar sus imágenes, las utopías secularizadas, que asoman cada vez que la Iglesia se instala y oscurece su inherente profetismo. Su protesta y acción contra la realidad empecatada de la dominación, de la explotación del hombre por

el hombre, donde la persona se trasmuta en cosa, naturaleza, instrumento.

Que Dios se haya hecho hombre en un menospreciable rincón de la Tierra es escándalo para los judíos y locura para los gentiles. Pero de Dios es: *"no ser encerrado en lo más grande, ser contenido sin embargo en lo más pequeño"*. Y de esta imperceptible pequeñez de Cristo, saldrá la comunidad apostólica, la Iglesia, "philum" de la nueva Humanidad, con la misión de predicar el evangelio a todas las naciones, ser el signo visible y difundidor del "kerigma", el Mensaje liberador de Cristo: Dios es amor y la significación de la muerte redentora de Cristo y su gloriosa resurrección.

Por supuesto, la Iglesia no escapa a su inserción en la contradicción del hombre con el hombre, ella también está en el círculo de la iniquidad, del mal, pues la cizaña y el trigo crecen juntos. Por eso se sufre *"por la Iglesia y a causa de la Iglesia"*. La Iglesia, desgarrada y en tensión entre lo particular y lo universal, entre lo visible y lo invisible, no coincide consigo mismo, es "peregrina, sufriente, militante", hasta la reconciliación del hombre con el hombre en Cristo. La Iglesia es a la vez contenida y continente, englobante y fracción, de la historia universal y ese desgarramiento, que le exige reformarse sin cesar, será hasta el último día.

El cristiano, la Iglesia, es crisis. En la ambigua y enmarañada historia humana, dinámica dialéctica de contrariedad, posesión y privación, que se precipita hacia el extremo de la contradicción, la enemistad y la muerte del otro, o se reasume hacia la amistad del otro, en la reciprocidad de conciencias, en la dialéctica de la relación, siempre precaria y presta a la caída. Pues el servicio fraterno se degrada de continuo en dominio-esclavitud, y esa traición (¡Non Serviam!) está latente en cada hombre y se objetiva y coagula en instituciones, habitualidades sociales, ámbito de lucha y compromiso. Y cuando la Iglesia apaga su conciencia crítica, su amor, la crítica se vuelve sobre la Iglesia, y el cristianismo se exila en no cristianos. *"El ateísmo desgarra a la Iglesia, en la medida que la Iglesia desgarra a Dios"*. De ahí que Europa al expandirse dominadora sobre la Tierra, haya también exportado la más terrible conciencia autocrítica. Le viene de su imborrable génesis cristiano.

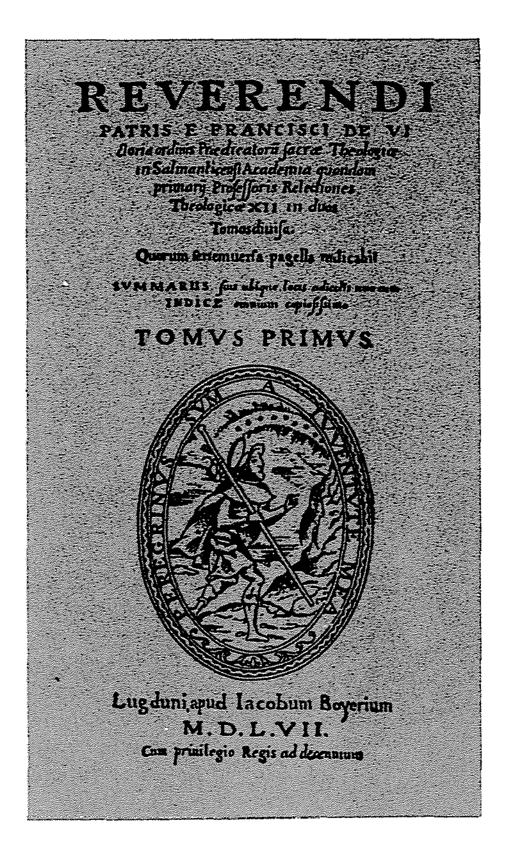
2. Conquista de las Indias y crisis cristiana

Sólo en el segundo viaje de Colón vienen clérigos al Nuevo Mundo, encabezados por el benedictino Fray Bernal Boyl, como tanteo de la nueva realidad. Aquí ya se abre la historia de las tensiones entre los poderes civil y eclesiástico en esta tierra. En su Historia Eclesiástica Indiana anota Mendieta que *"estuvo Fray Boyl dos años en Isla Española, y lo más de este tiempo se lo pasó en pendencias con el Almirante"*, defendiendo a sus compañeros, enfermos y desesperados, de los rigores disciplinarios. Pero de los indios, Fray Boyl ni pudo aprender la lengua, ni quiso volver nunca más al Nuevo Mundo.



Fray Bartolomé de las Casas.

En rigor, el verdadero nudo de la cuestión se va preparando con el paso rápido de los años, madura y estalla más avanzada la conquista española. Ya Colón en 1495 intenta vender algunos indios como esclavos, pero la Corona se lo impide y ordena su libertad. Pero luego las *"reparticiones"* de Colón, precursoras del régimen de *encomiendas"* son confirmadas como el mal menor al servicio del evangelio y provecho económico. Aunque la Corona en la Real Orden de 1503 disponía que los indios *"hagan y cumplan como personas libres que son, y no como siervos"*, en la realidad de los hechos cundía una desenfrenada explotación Fue así que en la Catedral de Santo Domingo, en la Navidad de 1511 el domínico Fray Antonio de Montesinos apostrofó en su célebre sermón a los colonos. ¿Qué les decía la voz de Cristo? *"que todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dáis incurren y se os mueren, y por mejor decir los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y Criador, sean bautizados, oigan misa, guarden fiestas y domingos? Estos ¿no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no lo entendéis, esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad, de sueño letárgico, dormidos? Tened por cierto que, en el estado en que estáis, no os podéis más salvar que los moros o turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo"*. Así, la tempestad de la predicación de Montesinos, y su discípulo fray


REVERENDI
PATRIS F. FRANCISCI DE VI
ctoria ordinis Praedicatorũ sacrae Theologiae
in Salmanticensi Academia quondam
primarij Professoris Relectiones
Theologicae XII in duos
Tomos diuisae.
Quorum seriem uersa pagella indicabit
SVMMARIIS suis ubique locis adiectis
INDICE omnium copiosissimo
TOMVS PRIMVS
Lugduni, apud Iacobum Boyerium
M.D.LVII.
Cum priuilegio Regis ad decennium


LEYES Y
ORDENANZAS NVEVAMENTE HECHAS POR SV MAGESTAD, para la gouernaciõ de las Indias, y buen tratamiento y conseruacion de los Indios: que se han de guardar en el Consejo y Audiencias Reales que en ellas residen: y por todos los otros Gouernadores, Juezes y personas particulares dellas.
EN VALLADOLID,
En la Imprenta del Licenciado Varez de Castro.
Año de MDCIII.

Bartolomé de las Casas, es el signo de la honda crisis de la conciencia cristiana hispánica ante la nueva conquista de las Indias. Incluso dará pie a la "leyenda negra" contra la acción de España.

La extraordinaria polémica de los *"justos títulos"*, para justificar o no la dominación de las Indias, que hasta hace vacilar a los Reyes que apelan a la consulta de juntas de teólogos y juristas, enseñorea la escena española hasta mediados del siglo XVI. Las posiciones antitéticas de Las Casas y Sepúlveda, el uno por la libertad indígena, el otro por el desconocimiento de su condición humana, se resuelve finalmente en las *"Relectiones"* del teólogo dominico Victoria que, ante los hechos consumados de la conquista, afirma sin embargo la necesaria libertad y racionalidad de los indios, la responsabilidad del Estado, la no validez del poder temporal del Papa, etc., y echa las bases modernas del Derecho Internacional. El jesuita Suárez será su magistral continuador. De tal modo, el impacto del "mundo ancho y ajeno" en los viejos moldes de la cristiandad europea, en crisis, imponía a ésta nuevas dimensiones y problemas de hecho más ecuménicos.

Por otra parte, la cuestión no sólo se abría a lo internacional sino a lo social, y allí está el impulso de las *"Leyes Nuevas"* de 1542 en defensa del indio, que provocan el alzamiento de Gonzalo Pizarro en Perú. Bien conocido es el largo conflicto de las "Leyes de Indias" con la realidad factual de las encomiendas, y los disturbios incesantes que se produjeron. Pero la verdadera respuesta, en el orden práctico, la réplica a las encomiendas fueron las *"misiones"*.

Oreste Popescu delimita bien esa dualidad: *"La conquista y colonización española de América se lograron mediante el empleo de dos sistemas concomitantes: laico y religioso; el uno valiéndose del sable, el otro dejándolo a la Cruz: en uno privó la fuerza material, en el otro la fuerza espiritual. Expresión del primero fueron las encomiendas, del último las misiones"*. Se toma aquí *"misiones"* en su acepción más amplia, que abarca la acción de varias órdenes religiosas y comprende "reducciones" y "doctrinas". Pero es obvio señalar que no hay una dicotomía pura entre lo laico y lo religioso, pues se presenta de continuo el hecho de la degradación clerical, de provechos y pompas, en contraste con la acción gubernativa de grandes laicos cristianos. Entonces Estado e Iglesia estaban en íntima simbiosis, e intercambiaban sus lacras y virtudes.

Fray de las Casas, en su escrito parcialmente perdido *"Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión"* y en su acción en Tuzutlán, que convierte de "Tierra de Guerra" —por las tribus feroces que allí merodeaban— en "Tierra de Vera Paz", centra todo el apostolado en el testimonio de vida y la predicación de la Palabra. Persuadir, respetar, no forzar. Esta difícil y auténtica vía misional tendrá su culminación en los *pueblos-Hospitales"* de Méjico, maravillosa empresa del obispo Don Vasco de Quiroga, inspirado en la *"Utopía"* de Tomás Moro, el decapitado santo de la reforma anglicana. Y ya estamos aquí en las puertas de nuestro objeto principal, las Misiones Jesuíticas del Paraguay, que serán como la apoteosis de una larga, compleja y áspera historia preparatoria. Será la Cuenca del Plata el vasto escenario de la máxima hazaña de la conciencia cristiana en las Indias. Con los Jesuitas y Guaraníes, tendrá su plenitud trágica la dialéctica Evangelio y Dominación.

Y bien, para ir entrando por orden al centro del asunto: ¿qué son los jesuitas?



3. La milicia jesuítica

"Id, e incendiad al mundo!" Esta consigna de Ignacio de Loyola para los suyos, apunta la circunstancia y respuesta que significa desde su origen la Compañía de Jesús. Se estaba abriendo el abigarrado mundo planetario para la movilidad y la aventura, y los jesuitas serán la nueva respuesta de la Iglesia a esta nueva situación. Los jesuitas rompen la tradición contemplativa de las antiguas órdenes, y se definirán por su *"acción en el mundo"*. Son la figura eclesial del hombre moderno que alborea.

El espíritu de la Compañía, puede compendiarse en este fragmento de la *"Fórmula"* que Loyola sometiera al Papa el 3 de setiembre de 1539: *"Nosotros hemos juzgado soberano expediente que cada uno de nosotros se comprometa por un voto especial, de suerte que, todo lo que el Papa actual o sus sucesores nos ordenen para beneficio de las almas y propagación de la fe, en cualquier país que se nos quiera enviar, nosotros iremos sin tergiversar, sin excusas, sin retardo, en tanto dependa de nosotros; nosotros nos obligamos a obedecer, sea que se nos mande a país de Turcos o de otros Infieles, cualesquiera sean, mismo en lo que se llama las Indias, o también con todos los heréticos y cismáticos, o entre los fieles"*. Así, a los tres votos monásticos clásicos, obediencia, castidad y pobreza, se agrega el especial de obediencia directa al Papa y su disponibilidad absoluta para partir donde fuera, para predicar la Palabra *"ad majorem Dei gloriam"*.

La Iglesia suscita diferentes respuestas a cada nueva circunstancia. Con la Orden Benedictina, en la formación de Europa, en un ámbito agrario, recorrido por bandas guerreras y "girovagos", afirmó la estabilidad pacífica *(Stabilitas loci-Pax)*, la vida fraterna, sobria, en común, trabajando y orando, centrada en la Liturgia, el Oficio Divino. Los benedictinos, separados del mundo, sedentarios, irradiaron educadores. Luego, en el siglo XIII, con la irrupción de las burguesías, el comercio, y su gran revolución intelectual y universitaria, surgieron las órdenes mendicantes. Los dominicos predicadores de la inteligencia: su lema es *"Veritas";* los franciscanos contra el naciente fetichismo del dinero, afirmaron la *"pobreza"* y la simplicidad de la caridad. Con los mendicantes, los claustros se abren al mundo. Pero los jesuitas darán otro paso: suprimirán el claustro, el coro, para introducirse totalmente en el fragor del mundo. De ahí su larga preparación de catorce años, los *"Ejercicios Espirituales"*, que no es un libro sino una práctica ahondada de la conciencia, una interiorización ascética sin mortificaciones exteriores, para formar cristianos que serán hombres solos movilizados en los múltiples avatares del mundo. De tal modo, obediencia e individualidad se complementan y la libertad cristiana de cada jesuita estará sometida incondicionalmente al General de la Compañía. Por el contrario, la vida más comunitaria de dominicos y franciscanos les permitirá una constitución interior democrática. Y si el acento de los dominicos es en el intelecto, el de los jesuitas es en la voluntad.

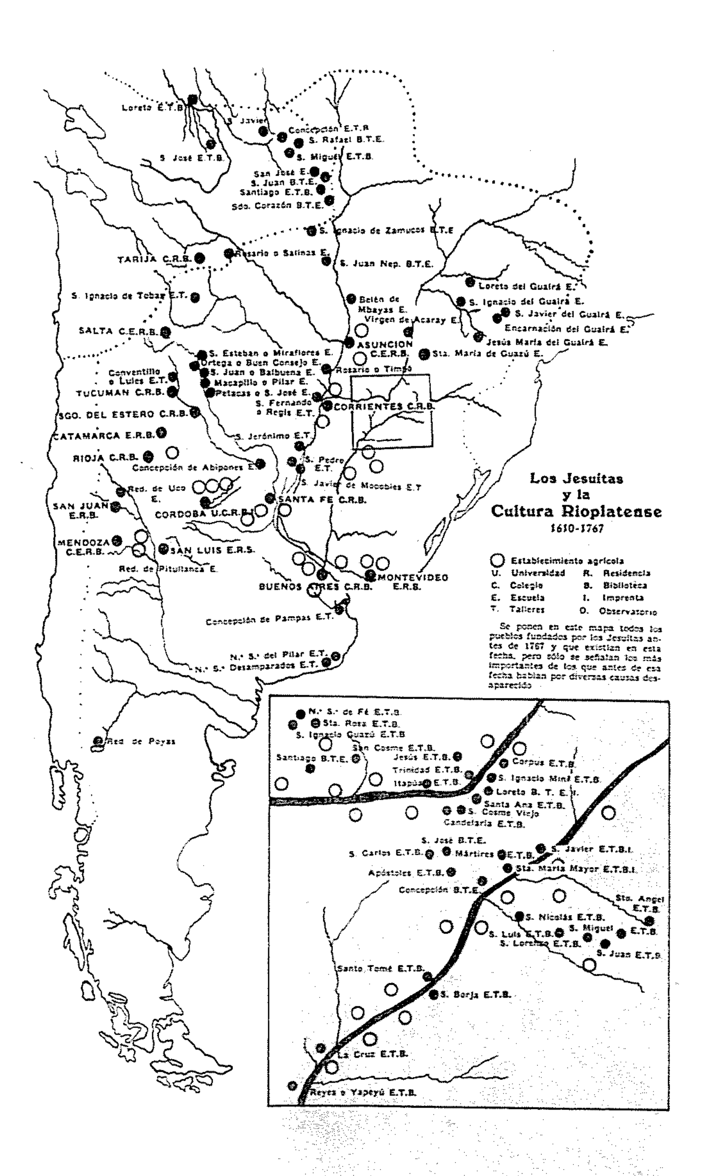
Así, en pleno proceso de conquista y colonización de América en el siglo XVI, la reforma protestante se expande vigorosamente y la Iglesia sentía resquebrajarse la cristiandad medieval europea y su autoridad magisterial. Los jesuitas serán entonces la máxima expresión de la reforma católica, del Concilio de Trento, a la vez que se lanzarán apostólicos a ese mundo ancho y ajeno del Extremo Oriente, India y América, cerrando filas junto al Papado en medio de la separación de las naciones, desentendiéndose de la pirámide feudal y rompiendo las jerarquías intermedias.

La España de entonces estaba en plena vitalidad religiosa, por precedentes reformas que la preservaron de la crisis protestante y le permitieron ser la impulsora de la reforma católica. Era un país dinámico y complejo, y el conjunto de la sociedad hispánica se reflejaba en los distintos niveles eclesiásticos, desde prelados aristocráticos a canónicos guerreros, humanistas letrados, teólogos y místicos, y convivían en su seno la gran propiedad con el pulular de clérigos ignorantes y órdenes remozadas. Hasta fines del siglo XVI serán los franciscanos y dominicos los que realizarán el mayor esfuerzo evangélico y ellos abrirán rumbos. Pero los jesuitas estaban como predestinados al Nuevo Mundo. Y, en términos generales, puede reconocerse que el subsuelo básico principal de América Latina que se configura bajo el signo del Concilio de Trento y su espíritu, será predominantemente jesuita. De ahí la importancia que tiene aún hoy para nosotros comprender su obra y sentido.

Los jesuitas iniciarán su obra americana por vía lusitana en Brasil donde tendrán el papel decisivo. Y será el Provincial de los jesuitas en Brasil, el célebre Manuel de Nobrega el primero en concebir las misiones rioplatenses, por contacto con paraguayos de Asunción en 1552. Todavía nadie tenía muy claro los territorios que delimitaba la línea de Tordesillas. Pero finalmente este no será el camino. Toda el área rioplatense integraba el ámbito del Virreinato del Perú, y fue San Francisco Borja (bisnieto del Papa Alejandro Borgia), tercer General de la Compañía (1565-1572) quien envía los primeros jesuitas a las Indias españolas: Perú en 1567 y Méjico en 1572.

En el Perú eran entonces los Concilios de Lima. Y es especialmente en el Tercer Concilio Limense donde, bajo la dirección del arzobispo San Toribio de Mogrovejo, se procedía a la americanización del Concilio de Trento. Toribio, el gran organizador de la Iglesia sudamericana, tuvo ya el consejo jesuita. Una de las tareas primordiales del III Concilio Limense, comenzado en 1582, será la redacción de un catecismo trilingüe, en quechua, aymará y castellano, que tomarán a su cargo los jesuitas José de Acosta, Barzana, Valera y Bartolomé de Santiago (los dos últimos mestizos). Este será el catecismo luego traducido al guaraní por el apóstol franciscano Luis Bolaños, precursor en las "reducciones", y el utilizado en las Misiones del Paraguay. Fue el primer libro impreso en América del Sur y su título comenzaba: *"Doctrina cristiana y catecismo para instrucción de los indios y demás personas"*. Y su modelo es el catecismo de Trento, el célebre Catecismo Romano de 1556.

Al Tercer Concilio Limense vino el obispo de Tucumán, el portugués dominico Francisco de Victoria (España y Portugal se habían unido en la Corona de Felipe II en 1580) y allí pidió a los jesuitas que bajaran hacia el Río de la Plata, cosa que hicieron en 1585. Pero el obispo de Tucumán, impaciente por la tardanza, había solicitado la venida de otros jesuitas desde Brasil, que llegan a Buenos Aires en 1587. Y son de estos últimos, los padres Saloni (español), Ortega (portugués) y Fields (escocés) los que se trasladan al Paraguay y preparan el terreno para las Misiones. ¿Iban a ser lusitanas? No, porque el General de la Compañía, Claudio Aquaviva, no secunda tales proyectos y en 1607 crea la Provincia del Paraguay en la jurisdicción española. De tal modo, desde su origen, las Misiones serán zona fronteriza y de tensión. Las vacilaciones de jurisdicción de su fundación señalaban el destino, lo que será el desgarramiento dramático para Jesuitas y Guaraníes en América del Sur.



Mapa reproducido del libro "Los Jesuitas y la cultura rioplatense", de Guillermo Furlong Cardiff S. J.

4. De la fundación al apogeo de las Misiones

¿Quiénes eran los "buenos salvajes" con que los Jesuitas levantarán las Misiones? En el ámbito de la Cuenca del Plata, y más allá, hasta Ecuador y las costas atlánticas, extendíase como raza dominante la Tupí-Guaraní, con centenares de tribus afines y gran variedad de denominaciones. Formaban una gigantesca área lingüística común, la mayor de América del Sur. Y con un idioma tan rico en matices diferenciales que el Padre Lozano decía que es *"sin controversia, de los más copiosos y elegantes del orbe (. . .) causando justa admiración que en tanta barbarie, como era la de la nación guaraní, cupiese tan admirable artificio y tanta propiedad en expresar los conceptos del ánimo"*. La mayor parte de las tribus tenían un acervo cultural concordante, y sus modos de subsistencia se asentaban en la caza. Además en la pesca y una agricultura rudimentaria. Imperaba el principio matrilineal y la poligamia era común. Construían enormes chozas de lodo y paja, y vivían en promiscuidad. No eran ajenos a la antropofagia y gustaban de la borrachera con "chicha". Cada tribu estaba sometida a la autoridad de un cacique o "Rubichós", y el cacicazgo era normalmente hereditario. Creían en un Ser Supremo, Tupa, al que no ofrecían culto exterior ni sacrificio. Tenían sus hechiceros. Las relaciones entre tribus eran escasas, de vecindad. Y es sintomático que Guaraní venga de "guarini", que significa guerrero.

Las primeras relaciones importantes de los Guaraníes con el proceso conquistador español fueron a partir de 1537, con la fundación de Asunción por Salazar e Irala. En realidad, es la última zona americana afectada por la ola de dominación hispánica, que había ya sumergido desde las Antillas al Imperio Azteca y, bajando por los Andes, al Imperio Inca. La Cuenca del Plata será su postrer escenario. La penetración y asentamiento es en sus comienzos caótico e incierto, lleno de violencia. Será el mismo Irala quien establece el sistema de encomiendas sobre los indios vencidos que era de hecho una servidumbre personal de trabajo obligatorio y permanente, avaluado sólo por el encomendero. Este recibía la encomienda como premio a sus servicios a la Corona, a la que venía a sustituir en el derecho de cobrar tributo, con la obligación de proteger al indio e instruirlo en la religión. Demás está decir que el encomendero cuidaba poco de sus obligaciones. Ya el gobernador Velazco en 1597 intenta regular de modo más humano las encomiendas, y sus ordenanzas empezaban así: *"en esta gobernación no hay orden ni tasa en el trabajo de los indios y los dichos encomenderos se sirven de ellos con gran desorden, ocupándolos todo el año y aún los días que la Santa Madre Iglesia manda guardar"*.

Pero el proceso conquistador va a sufrir un profundo cambio con el ascenso a la Gobernación del Paraguay (ésta sólo en 1617 se dividirá con la de Buenos Aires) de un hijo de la tierra, el caudillo criollo Hernandarias, quien encauzará definitivamente la colonización del Río de la Plata. En 1598 y 1603 amplía la legislación humanista sobre

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Nació en la provincia vasca de Guipúzcoa. De destacada acción como militar en sus años jóvenes, hasta la herida en Pamplona en 1521. Convaleciente luego de una atroz operación en la pierna, que le dejó cojo, las meditaciones de la Vida de Jesús le llevaron como a una segunda conversión. En adelante se pondrá al exclusivo servicio de la vocación religiosa y de la Iglesia. Hace una peregrinación a Jerusalén y de retorno a España es detenido por la Inquisición como sospechoso de "iluminado". Puesto en libertad pasa a París donde prosigue sus estudios y agrupa a seis amigos —entre ellos a Francisco Javier y Pedro Fabro— y en agosto de 1534, en los flancos de la colina de Montmartre, en una capilla, hacen los votos tradicionales y deciden ponerse al servicio absoluto del Papa.

Reunidos en Roma en 1538, Loyola concibe allí definitivamente la Compañía de Jesús y solicita su aprobación al Papa. Finalmente, la bula Regimini militantis Ecclesiae, *de 27 de setiembre de 1540 da el consentimiento del Papa y constituye el acto de fundación de la Compañía de Jesús.*

Así nació la orden más importante de la Iglesia en los tiempos modernos, la más controvertida y expresiva de las actitudes de la Iglesia desde la Contrarreforma hasta el Vaticano I. Puede hablarse entonces de una "jesuitización" de la Iglesia, y de un preludio a la intervención activa de los laicos en el siglo XX.

Primer General de los jesuitas, Loyola desplegó una actividad prodigiosa hasta su solitaria muerte en la noche del 31 de julio de 1556, donde sólo se oyó una exclamación en su agonía: "¡Mi Dios!". Fue un hombre autoritario, inflexible, dotado de una gran penetración psicológica, creador de todo un nuevo estilo de vida espiritual. En 1622 fue canonizado por la Iglesia.





las encomiendas y abre el camino a las grandes ordenanzas de Francisco de Alfaro, fiscal de la Audiencia de Charcas, en 1618 promulgadas y aprobadas por el Rey. Esta acción de Hernandarias sobre el régimen de encomiendas, para terminar con el "servicio personal" del indio, está íntimamente ligada con su impulso a la fundación misionera de las reducciones, su auténtica réplica.

En la raíz de la obra de Hernandarias está su vínculo con el franciscano Francisco Bolaños, Apóstol del Paraguay, quien 1581 inicia la fundación de reducciones, reunión en poblados de indios libres. Y será Bolaños el gran maestro de los jesuitas en el mundo guaraní. Hernandarias, apoyado por los dos primeros obispos de Asunción, los frailes franciscanos Martín Ignacio de Loyola y dominico Reginaldo de Lizárraga, llama a los jesuitas que constituyen en 1607 su Provincia del Paraguay, poniendo al frente al Padre Diego de Torres. Lo que fue tarea emprendida por los franciscanos adquirirá entonces una dimensión sistemática, metódica y de una envergadura inaudita. Podríamos acotar, que fueron los franciscanos los que fundaron los primeros poblados en la Banda Oriental en 1624.

Estos vastos espacios de la América meridional alcanzaban entonces apenas una población de 40.000 españoles, criollos y mestizos, inmersos y dispersos entre un pulular de 500.000 indígenas. La obra jesuita se abre en tres frentes: Las Misiones del Paraná, zona meridional del actual Brasil hasta el norte de Corrientes; las Misiones del Guairá, en las regiones del noreste paraguayo; las Misiones de los Guaycurúes, al Oeste de Asunción, que fracasaron. El avance fue exitoso en el Paraná y en el Guairá. Unos pocos jesuitas, sin armas, internándose de más en más en la selva, comienzan un sorprendente y vertiginoso proceso de atracción evangélica de los indios, superando todo género de dificultades. Las fundaciones se suceden rápidamente y en los primeros veinte años de labor apostólica los jesuitas llegan a través de la Sierra de los Tapes a sólo doscientos quilómetros del Océano Atlántico. El poder de la palabra y el ejemplo, fue sancionado por la sangre de mártires, con los padres Roque González de Santa Cruz, fundador de Yapeyú, Juan de Castillo y Alonso Rodríguez.

Desde el principio, dos grandes amenazas se cernieron sobre las Misiones. En su retaguardia, la hostilidad permanente de los encomenderos, que perdían mano de obra barata y debían soportar la creciente prosperidad de las reducciones. Y en su vanguardia, tenían frente el nido de águilas de San Pablo, los bandeirantes proveedores de esclavos para las fazendas. ¿Para qué cazar indios en la selva, dispersos, si ahora estaban allí, a la vista, reunidos en grandes poblados, educados y más aptos para los trabajos? Bandeirantes y encomenderos, con la complicidad de autoridades lusitanas y españolas, tendrán alianza implícita y explícita para la destrucción y saqueo de las Misiones. Guaraníes y jesuitas serán tomados por las tenazas de dos frentes de lucha, interno y externo, que terminará finalmente por aniquilarlos. Los sistemas de dominación no podían convivir en una comunidad evangélica tan dilatada y autónoma.

El período que corre desde las primeras fundaciones en 1610 (la de San Ignacio Guazú, por el Padre Lorenzana, en la zona de Paraná, y las de Loreto y San Ignacio de Mini, por los padres italianos Cataldino y Maceta, en la zona de Guairá) hasta el Tratado de Límites en 1750 y su consecuencia la gran Guerra Guaranítica, que señala el comienzo del ocaso de las Misiones, puede dividirse en tres etapas fundamentales.

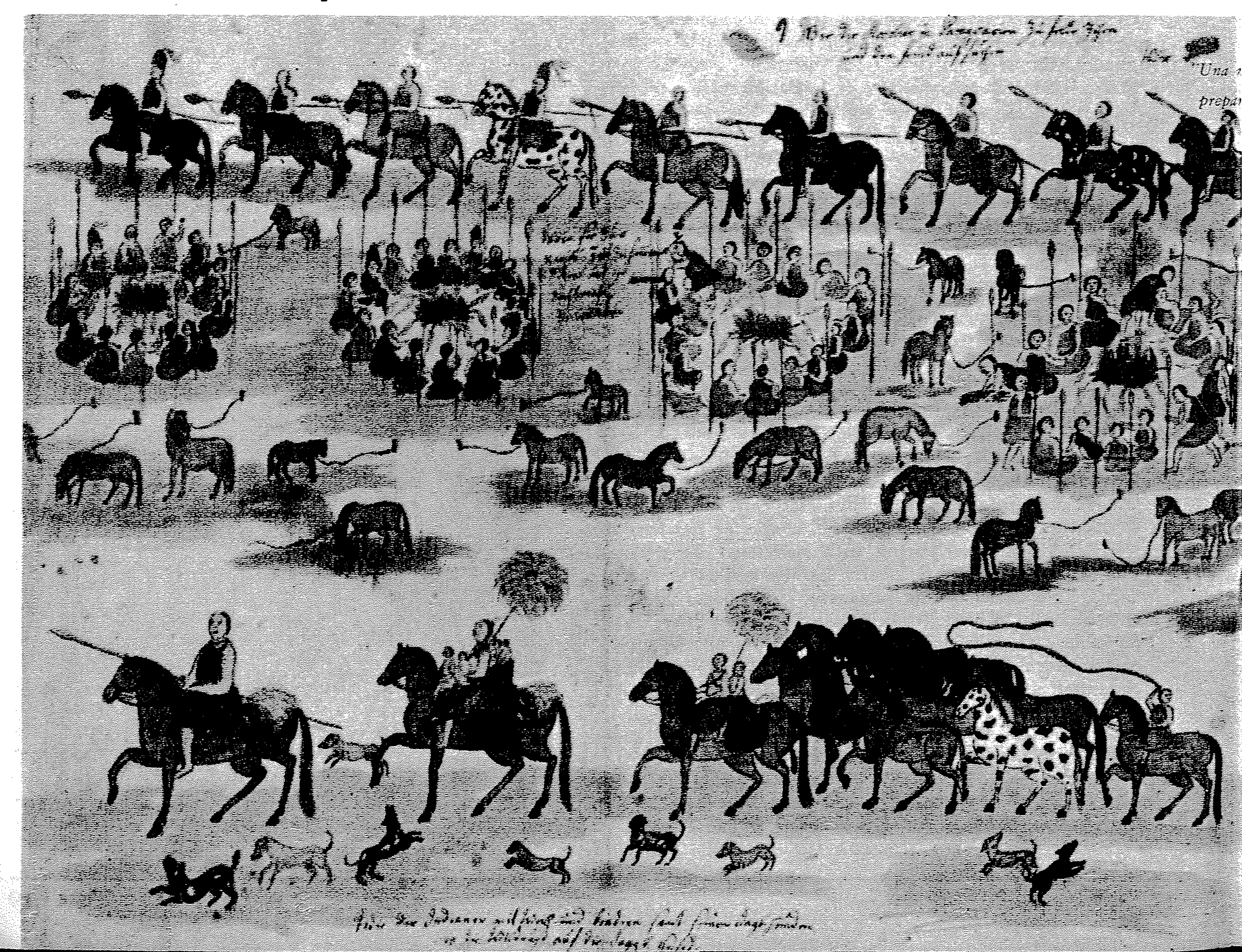
La etapa de la *Expansión* hasta 1631, fecha en que se desencadena la mayor invasión bandeirante, capitaneada por Raposo Tavares. Es una década terrible, de devastaciones, de poblaciones enteras reducidas a la esclavitud. Es la etapa del *Reflujo* misionero, que obliga a un gigantesco éxodo de los pueblos guaraníes, una trágica hazaña sin parangón rioplatense. Desde los núcleos más expuestos y asolados, del Guairá, Itatines y Tapes, los pueblos se repliegan y emigran hacia las reducciones del Paraná. Este drástico reto hace que los jesuitas formen grandes milicias mi-

sioneras y obtengan permiso para equiparlas con armas de fuego. Y es así que finalmente, en la memorable batalla de Mbororé, en 1641 se extermina a los mamelucos. A partir de esa fecha, puede abrirse la etapa de la *Estabilización y Apogeo,* que llega hasta el Tratado de Límites de 1750 y la Guerra Guaranítica. Luego será la agonía y muerte.

Esta tercera etapa de Estabilización no dejó de tener, por cierto, graves avatares, pues las tensiones y amenazas del mundo colonial en torno fueron incesantes. Y como los guaraníes no tenían acabada conciencia de sus complejidades, los jesuitas ejercieron una vigilia sin desmayo. Encomenderos y comerciantes no cejaban en su presión sobre gobernadores y obispos, y hasta llegaban a la Corona. Uno de los momentos más significativos fue la rebelión de los comuneros encabezados por Don José de Antequera. Este episodio señalado por la historiografía liberal como precursor de la Independencia, fue el de la lucha de la oligarquía de encomenderos contra el poder civil y las misiones para imponer su ley. El sometimiento de Asunción en 1735 conjuró el peligro.

El crecimiento de las Misiones fue inmenso. Su población pasó de 50.000 en 1650 a 100.000 en 1700 y casi 150.000 en 1732. Pero las Misiones del Paraguay no sólo fueron el "foco de desarrollo" más portentoso de la Cuenca del Río de la Plata. Sirvieron de centro de experimentación y guía a la fundación de una cadena de Misiones en América del Sur: en los Llanos Orientales de Colombia (1626), en el Marañón (1637), en los Llanos del alto y medio Amazonas (1639), en los Llanos de Chiquitos al sureste de la Bolivia actual (1692) y en los Llanos de los Mojos del noreste boliviano (1700), etc. De tal modo, una especie de línea más o menos continua desde las Misiones Guaraníes a las de Chiquitos, Mojos, Maynas y Casanase forma un cinturón al borde de la selva, y configura la verdadera y actual frontera entre los mundos hispánico y lusitano. Formaban como la prefiguración del intento contemporáneo de la "Carretera de la Selva". Una límpida visión estratégica plasmó el orden geopolítico de las distintas Misiones.

Además, hacia el sur, las Misiones Guaraníes alcanzaban hasta el Río Negro en el actual territorio uruguayo. Y tuvieron un papel decisivo en la toma de la Colonia del Sacramento, punta de lanza anglo-portuguesa que las flanqueaba, así como en la fundación de Montevideo, hija del esfuerzo de los indios tapes. Ya fuera del área propiamente misionera, las estancias jesuitas *"Nuestra Señora de los Desamparados"* en el Rincón de los Santa Lucía y *"de las Vacas",* en la Calera de las Huérfanas, Colonia, de algún modo aseguraban su conexión directa con la salida al Río de la Plata.

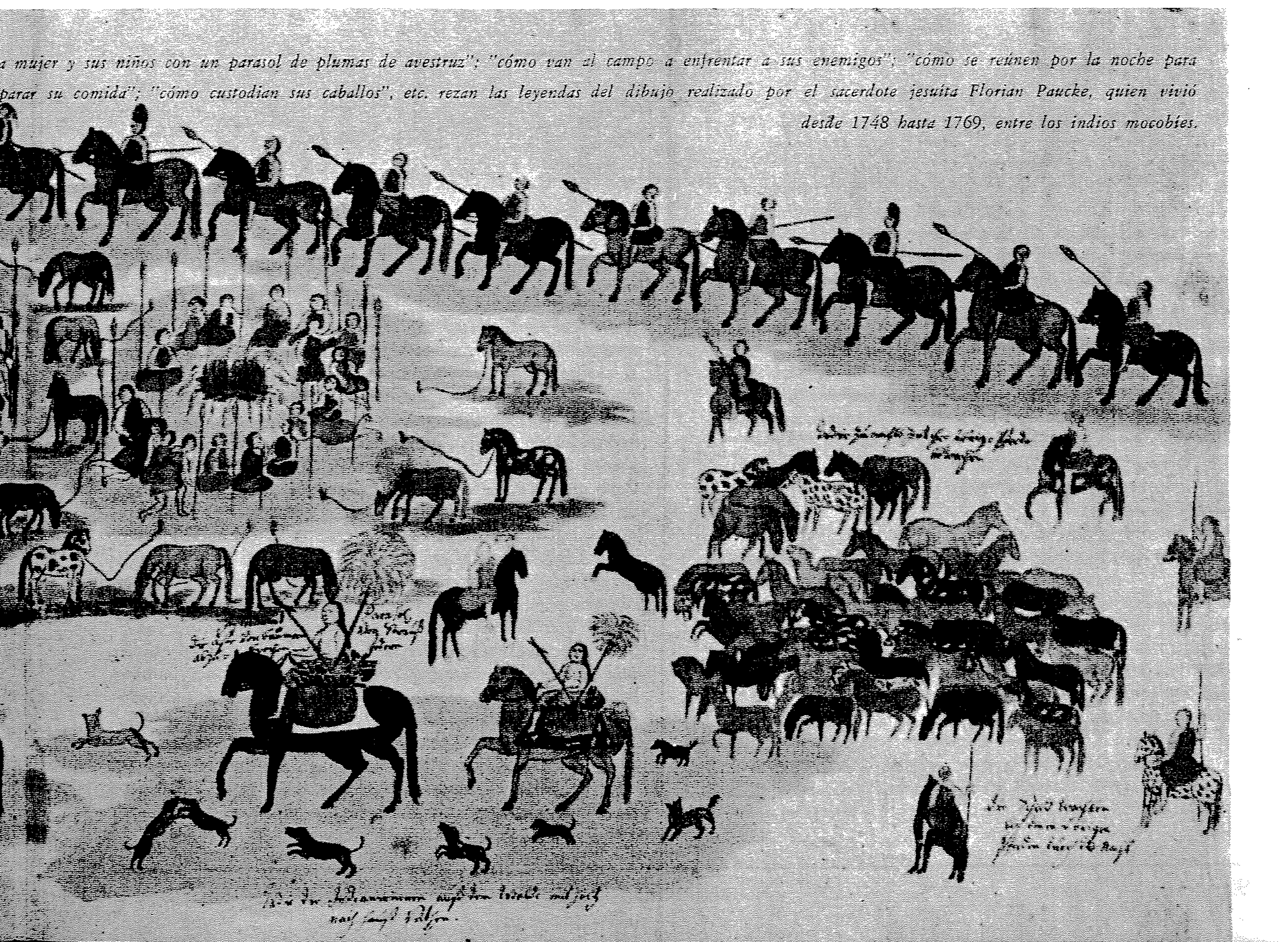


5. Vida y estructura de las Misiones

El Tercer Concilio Limense, rector de la evangelización sudamericana, recomendaba en sus capítulos que los indios fueran instruidos a vivir políticament : *"La vida cristiana y celestial, que enseña la fe evangélica pide y presupone tal modo de vivir, que no sea contrario a la razón natural e indigno de hombres y conforme al Apóstol, primero es lo corporal y animal, que lo espiritual e interior, y así nos parece que importa grandemente que todos los curas y demás personas, a quienes toca el cargo de indios, se tengan por muy encargadas de poner particular diligencia en que los indios, dejadas sus costumbres bárbaras y de salvajes se hagan a vivir con orden y costumbres políticas, como es, que a las iglesias no vayan sucios y descompuestos, sino lavados aderezados y limpios; que las mujeres cubran con algún tocado sus cabezas (. . .) que en sus casas tengan mesas para comer y camas para dormir, que las mismas casas y moradas suyas no parezcan corrales de ovejas sino moradas de hombres en el concierto y limpieza y aderezo y las demás cosas, que fueren semejantes a éstas, lo cual todo no se ha de executar haciendo molestia y fuerza a los indios, sino con buen modo y con cuidado y autoridad paternal"*. Las Misiones del Paraguay fueron la aplicación sistemática del espíritu del Concilio, con la creación de las condiciones sociales y económicas requeridas.

El encuentro de dos culturas de muy distinto nivel constituía el nudo de la problemática misional. No sólo era penetrar el idioma, sino de una radical "promoción del desarrollo" desde un nivel cultural y técnico inferior a otro superior. Las arraigadas características de la vida indígena al nivel de la recolección y la agricultura rudimentarias generaban una existencia presentista, con escasa capacidad de previsión y cálculo, de planificación. El "impresionismo" indio era la desesperación de los misioneros. Cuenta el jesuita Cardiel de los indios: *"Y ellos mismos nos suelen decir: Padres, esta nuestra capacidad es distinta de la de los españoles, porque estos son constantes en su entendimiento; pero nosotros sólo lo tenemos a tiempos"*. Y en efecto, para los europeos los indios eran como "niños", dada su peculiar inconstancia "infantil". Azara los definía: *"no se ocupan del pasado ni del porvenir"*.

La creación de nuevas condiciones materiales para la evangelización global no era por cierto sencilla. Exigía una reeducación total, una transformación general de los hábi-



a mujer y sus niños con un parasol de plumas de avestruz"; "cómo van al campo a enfrentar a sus enemigos"; "cómo se reúnen por la noche para parar su comida"; "cómo custodian sus caballos", etc. rezan las leyendas del dibujo realizado por el sacerdote jesuita Florian Paucke, quien vivió desde 1748 hasta 1769, entre los indios mocobíes.

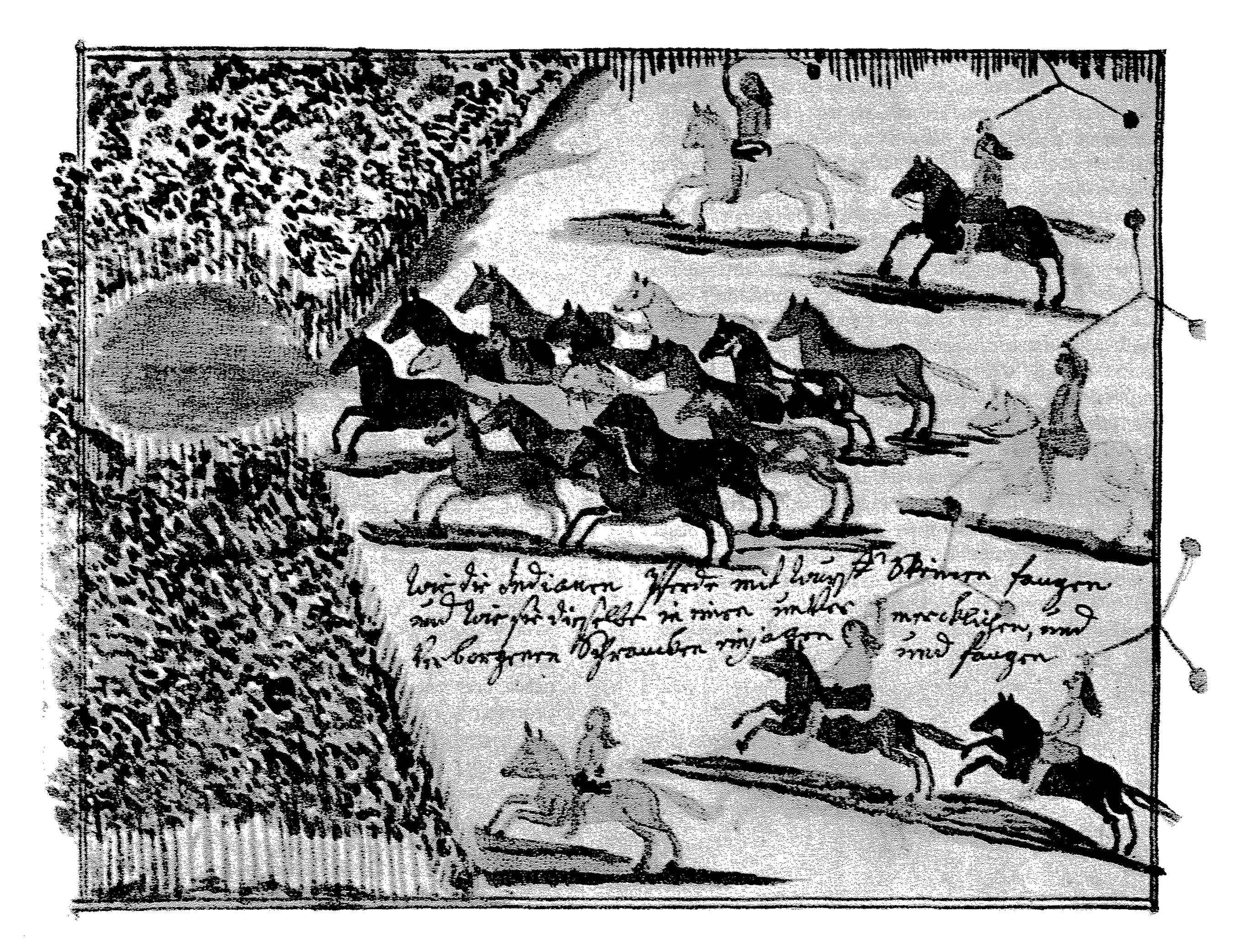
tos indios, un cambio profundo de sus modos de ser, para poder levantar comunidades estables de grandes dimensiones políticas, con técnicas y productividad superiores, sin las cuales la selva tomaba otra vez a los hombres. Por eso Cardiel registraba: *"Cuando los indios de nuestros pueblos tienen la economía suficiente para su manutención, aunque corta, los Padres poco o nada cuidan de lo temporal, como sucede en algunos pueblos de México y Perú. Todo el empeño es en lo espiritual. Cuando su economía es alguna pero no lo suficiente, cuidan mucho más de ejercitar las obras de misericordia temporales, cuidando de sus haciendas, de los haberes comunes, etc., dirigiéndolos en los tratos, enseñándoles todos los oficios repúblicos; y si no se hace así no habrá asistencia a la iglesia y a las obligaciones de cristianos. Juntan lo temporal y lo espiritual; unas obras de misericordia con otras, porque en esta gente no se consigue el bien de sus almas, ni se alcanza lo espiritual sin lo temporal. Si lo temporal está bueno, lo espiritual va muy adelante; si malo, lo espiritual muy malo; vanse a los montes, bosques y campos, por caza y frutas silvestres y a las estancias de los ganados".* De ahí que los misioneros tuvieran necesidad de realizar una verdadera Asistencia Técnica en gran escala, con una sistemática planificación económica.

Para poder constituir las misiones, fue esencial la lucha de los jesuitas contra las encomiendas y el servicio personal de los indios. El primer provincial jesuita del Paraguay, Diego Torres sostuvo inmediatamente la necesidad de desterrar el servicio personal. Afirmaba en un memorial: *"Tres razones hay de la injusticia del servicio personal {. . .} la primera es por imponer perpetua servidumbre a hombre libre {. . .} la segunda es que no se les paga el justo precio {. . .} que debe ser por lo menos suficiente para sustentarse y vestirse él y su mujer y ahorrar algo {. . .} el tercer agravio es trabajarlos demasiado".* Así vinieron las ordenanzas de Alfaro, y en 1612 el Padre Diego González decía: *"Quitado ahora el servicio personal se abre la puerta a que podamos hacer Reducciones a pueblos de los indios huidos y derramados por ese temor, y aún alzados en guerra contra los Españoles"* El historiador Pablo Hernández señala: *"Mientras estuvo en vigor el servicio personal, nada consiguieron los jesuitas en ese sentido. Pero el día en que pudieron asegurar a los indios que formando voluntariamente reducción, no irían a servir a ningún encomendero, sino sólo al Rey, ese día empezaron a fundarse multitud de pueblos como por encanto".*

Durante el ciclo de la Estabilización de las Misiones, que duró más de un siglo, éstas reunían un total de 30 Pueblos de dos a cinco mil habitantes cada uno, los cuales tenían una economía relativamente independiente, pero dentro de un solo espacio geoeconómico cuyo centro regulador estaba en la Candelaria, sede del Padre Superior de los Jesuitas. A su vez cada pueblo tenía la dirección de un Sacerdote, asistido por una decena de caciques, pues los jesuitas mantuvieron la organización tradicional de los guaraníes, ampliándola en su dimensión, transfigurándola y dándole nuevo sentido. Con el tiempo se comenzó a organizar la autoridad civil de los Pueblos, con Cabildos electivos todos los años.

Los jesuitas procuraron desarrollar la educación por el trabajo, y darle a éste el carácter menos penoso posible. Comenta Azara: *"ellos se contentaban con hacerles trabajar cerca de la mitad del día, y aún el trabajo tenía un aire de fiesta; porque cuando los trabajadores salían para el campo en su tarea, marchaban siempre en procesión con música, llevando en andas una pequeña imagen. Se comenzaba por formar una enramada para colocar la imagen, y la música no cesaba hasta volver al pueblo, tocando igualmente a la vuelta".* Los guaraníes eran músicos notables. Pero además los jesuitas procuraban ocuparlos en toda clase de habilidades artesanales, para combatir su proclividad a lo ociosidad. El Padre José Peramás testimoniaba que: *"Las habilidades de estos indios es grande: trabajan mil curiosidades en madera y hueso: imitan excelentemente la pintura y bordados, pero lo que hacen con eminencia es copiar o imitar lo impreso. . . El indio Guaraní era capaz de todo, cuando llegaba a sacudir la pereza, que era en él una segunda naturaleza, y hemos reconocido que, sin presión mayor, con el ejemplo y con oportunas exhortaciones obtuvieron los misioneros que los indios trabajaran en una u otra labor, y eso desde los doce a los cincuenta años, y desde la primera hora del día hasta la última. Eso obtuvieron, pero jamás consiguieron que el ritmo de ese trabajar tuviera la celeridad del europeo. Lo que un español*





Indios misioneros encerrando la caballada en sus corrales. Dibujo del P. Florian Paucke.

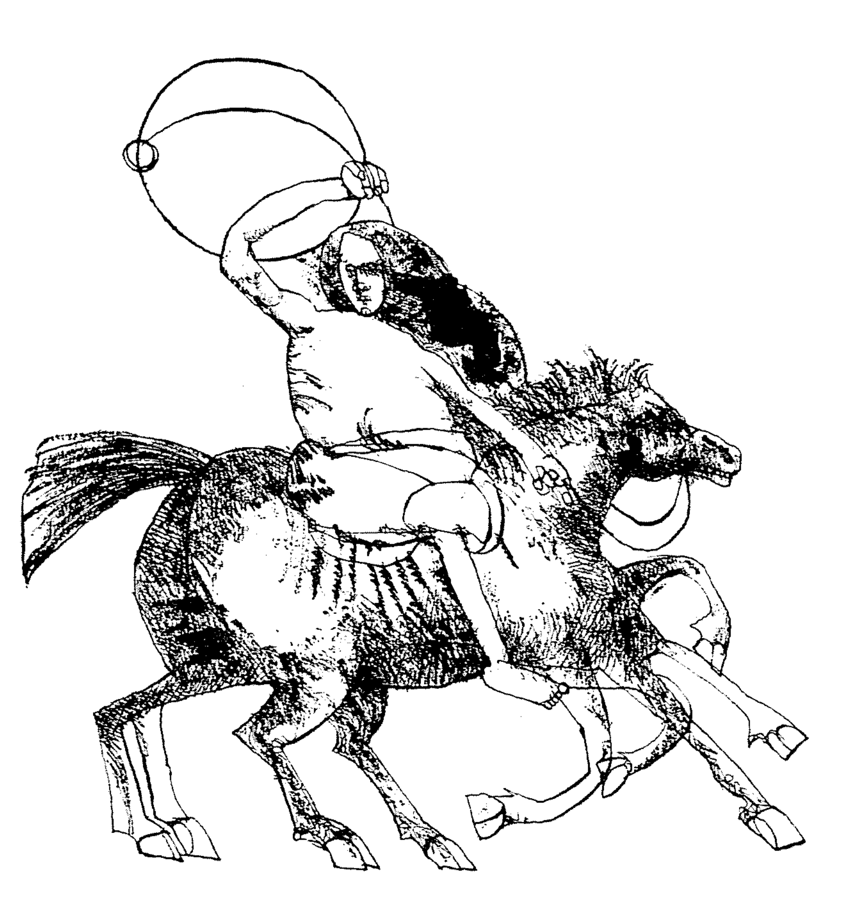
haría sin prisas en una hora, el indio requería tres horas, si estaba solo, y cinco en compañía de otros, pues son grandes conversadores entre sí y grandes materos".

La base económica de las Misiones era esencialmente agropecuaria. Sus rubros fundamentales eran la yerba mate y la ganadería bovina. Y no hay duda que las bases del sistema, en la creación del abastecimiento y los excedentes, radicaba en el *Tupambaé* (propiedad de Dios), es decir en la explotación colectiva, social, y no en la propiedad individual. De ahí que se haya calificado de "socialista" o "colectivista" el régimen social de las Misiones. Era enorme el consumo de reses de cada pueblo, y esto estaba posibilitado por las gigantescas estancias de propiedad común, que como el Yapeyú o San Miguel tenían hasta 200.000 vacunos cada una. Pero el Tupambaé coexistía con la propiedad familiar del *Abambaé* (posesión del indio), que consistía en una pequeña chacra para cada familia, no heredable, puesto que se readjudicaba al fallecimiento del titular, y a las tareas de tejido doméstico, que aseguraban el sustento mínimo y la vestimenta. Es de recordar la tenaz lucha jesuita contra la poligamia y la promiscuidad, y que procuraron entonces asegurar a cada familia monogámica su casa individual, rompiendo las tradiciones ancestrales. En el Abambaé las cosechas eran de cada indio, pero las semillas, el transporte, etc., pertenecían a la comunidad. Y la distribución de carne, racionada igualitariamente. Gonzalo de Doblas en un informe que le fuera solicitado por Azara, expresa que entonces: *"Cada semana señalábanse los tres primeros días para que todos los indios trabajasen para la comunidad en los trabajos que el Padre disponía, y los tres restantes habían de ir a trabajar a sus chacras, lo que asimismo celaba el Padre que lo cumplieran".* Pero en conjunto, el Tupambaé era el fundamento de viabilidad del Abambaé.

Este sistema en que la propiedad pública era decisiva, exigía una dirección centralizada, que estaba compensada por la autonomía de los Pueblos, que sólo comerciaban entre sí en la medida de lo necesario para el sustento suficiente. Pero a la vez, dentro de las Misiones el comercio era en base al trueque, y no existía la moneda. Hacia el exterior, sólo a lugares prefijados, los Tambos, podían concurrir mercaderes a hacer sus ofertas. Y sólo podían permanecer hasta tres días. Los controles eran estrictos. Por otra parte, los jesuitas tenían sus oficinas de "comercio

exterior" en Santa Fe y Buenos Aires, cuya base era la comercialización de la yerba mate y otros productos secundarios como tabaco, cuero, artesanías, etc. Estas exportaciones permitían a las Misiones el pago en moneda de los tributos al Rey y el procurarse las importaciones necesarias para su desarrollo.

Así puede caracterizarse, en rasgos muy generales, el régimen imperante en las Misiones del Paraguay. Una élite sacerdotal tuteladora y servicial basada en el consentimiento indígena, racionalizaba y planificaba la economía, cuya motivación no era el lucro sino el establecimiento de las bases sociales de sustento, relativamente constantes, para la incorporación del indio a una vida cristiana. Esta extraordinaria experiencia de jesuitas y guaraníes, que fueron de una excepcional solidaridad mutua, señala uno de los más grandiosos intentos del hombre para promover el desarrollo de un pueblo primitivo, dentro de la justicia social y el respeto, a tal punto que no existió la pena de muerte. Pero los sistemas de dominación iban a aplastar pronto esta singular comunidad evangélica, que ha hecho evocar en la literatura todas las utopías comunistas imaginadas.



6. El asalto colonialista y la expulsión de los jesuitas

La hostilidad en torno a las Misiones fue permanente. El primer golpe mortal fue el Tratado de Límites de 1750 entre España y Portugal. Allí se trata de dirimir definitivamente el engorro de los límites de Tordesillas, que facilitaba el avance portugués en la Cuenca del Plata, y lo que se hace es consolidarlo. En realidad ya estamos en el ciclo de retroceso general del Imperio Hispánico, que resistía apenas el embate de Inglaterra y su cuña portuguesa. Esta penetra en las Misiones, que eran el gran antemural defensivo del Río de la Plata y el Alto Perú y España cede en el Tratado a las Misiones Orientales, con sus 7 Pueblos entonces habitados por 30.000 indios, a cambio de la Colonia del Sacramento ya ocupada.

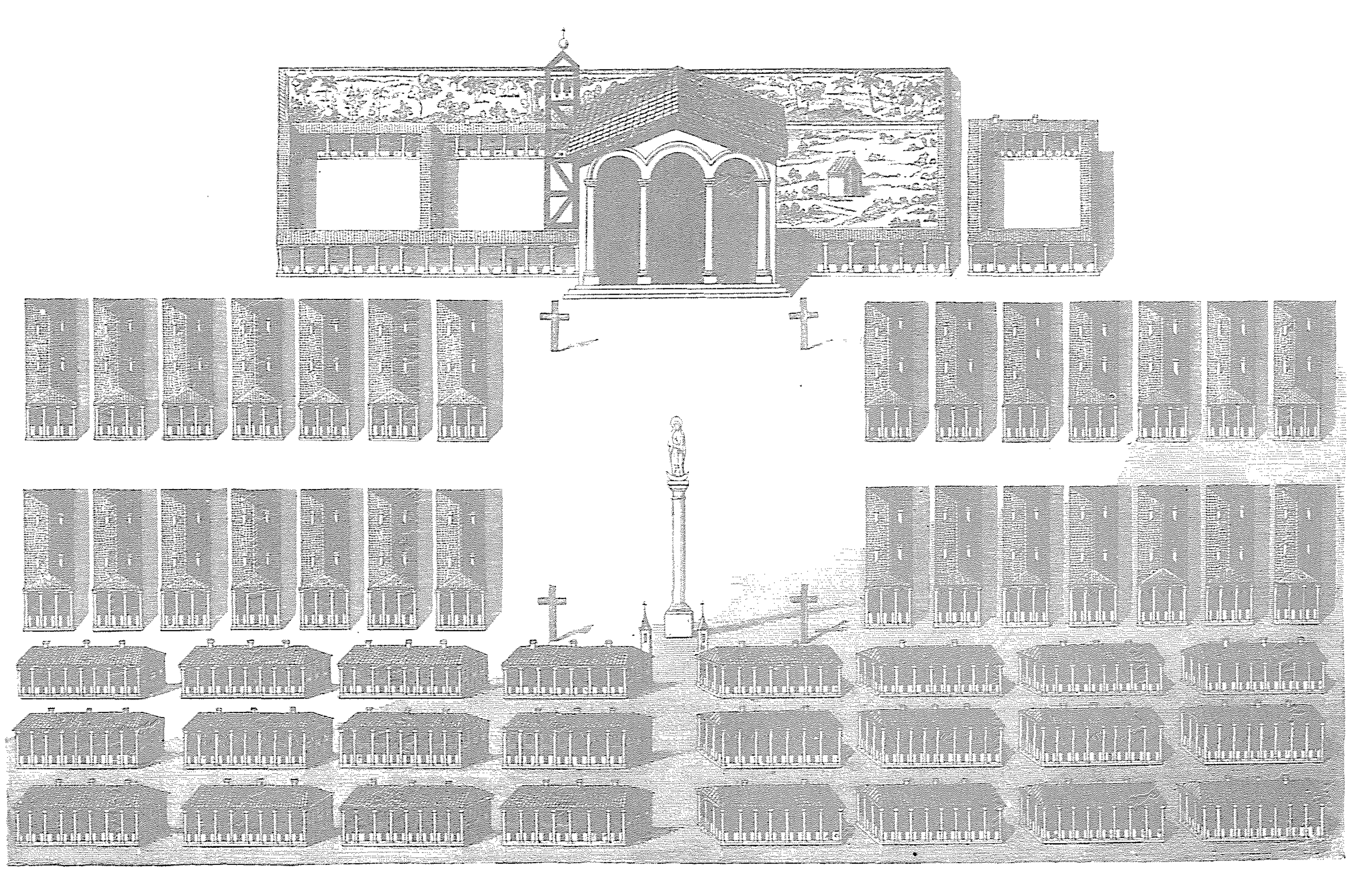
Y no sólo se cedían los territorios, sino que se expropiaba los bienes indígenas, avaluados en 5 millones de pesos, con una indemnización de 28 mil pesos. Los Jesuitas protestan: *"El trasladar a los indios de los 7 Pueblos parece ser contra el derecho natural de dichos indios a su libertad, a sus haciendas, a sus tierras y bienes raíces y a su conservación; por que los obliga a perpetuo destierro de su patria, a perder sus tierras nativas, cultivadas y singularmente fecundas, y trocarlas por un yermo incógnito, a carecer de todo o a padecer grandes penurias de las cosas sobredichas, necesarias para su vida, y a fabricar de nuevo con suma pobreza y trabajo, habiendo perdido el fruto de su sudor, industria y afanes de más de ciento treinta años en establecer sus habitaciones {. . .} los indios de dichos siete Pueblos son verdaderos, absolutos y legítimos dueños de sus pueblos"*. Todo fue inútil. La propia Compañía de Jesús en peligro. Vino la orden de acatamiento, y se preparó la mudanza de los pueblos. La indignación bullía en los indios y los jesuitas estaban desgarrados en su drama de conciencia, sin salida. Furlong relata hechos así: *"El Padre Lorenzo reunió a los indios (en el pueblo San Miguel, Navidad de 1752) al son de campanas en la plaza, y salió de la iglesia en procesión con la estatua del Niño Jesús; les predicó con vehemencia, amenazándoles con grandes castigos del cielo si no obedecían el mandato del Rey, y después, hincado de rodillas, besó los pies a los principales indios, rogándoles con lágrimas que accediesen a mudarse, y que si no obedecían, sufrirían ellos y los misioneros, gravísimas penalidades"*. Pero ya la rebelión comenzaba a cundir. Algunos curas y cabildantes indios son heridos por oponerse. Y en febrero de 1753 como un incendio estalla la Guerra Guaranítica. Todos los Pueblos se solidarizan con las Misiones Orientales. La guerra se prolonga sangrienta contra los ejércitos lusitanos y españoles hasta 1756, donde los guaraníes son derrotados definitivamente en la batalla de Chumiebí. Sin embargo, el escándalo fue tan inmenso, que con el ascenso de Carlos III se anula el Tratado en 1760. Los guaraníes volvieron a sus Misiones, pero ya eran la mitad.

Poco después las Misiones eran descabezadas. Los jesuitas son expulsados de España y todos sus dominios por la Real Pragmática de 1767. Ya habían sido expulsados en 1758 de Portugal y en 1764 de Francia. Era una hora aciaga para la Iglesia Católica. Y el Papa, presionado por las Cortes europeas, firma en 1773 la supresión de la Compañía de Jesús. ¿Qué había pasado?

La Iglesia estaba en plena decadencia en su centro europeo. Había perdido las élites intelectuales, que negaban la Revelación, y carecía de fuerza para resistir los Estados Absolutistas. El siglo XVIII será uno de los más indigentes de la Iglesia, que ante la Realeza, los intelectuales y las logias se convertía en símbolo de un pasado supersticioso definitivamente superado por las "luces". Los jesuitas eran el sector más dinámico que aún sostenía al Papado, por lo que congregaban todos los ataques. De ahí que la disolución de la Compañía por el propio Papa fue como el límite de la debilidad. Antecedente apenas en treinta años a la prisión del Papa en las convulsiones de la Revolución Francesa y el Imperio Napoleónico.

La crisis antijesuítica venía ya preparándose desde el siglo XVII, con la querella con los jansenistas y el célebre ataque de Blas Pascal en "Las Provinciales", donde acusaba a los jesuitas de un optimismo moral "laxista". Paradójicamente, los herederos de la lucha del Port Royal rigorista serán los ilustrados del siglo XVIII que estaban simétricamente en el otro extremo. La cuestión de las Misiones del Paraguay fue otro aspecto de la lucha. Desde Pombal aparecieron toda clase de panfletos contra la Compañía, denunciándola como un *"Estado dentro del Estado"* y circularon todo tipo de libelos e infundios sobre su acumulación de riquezas y ansias de dominio. El hecho cierto, era que los Jesuitas por estar sujetos directamente al Papado no dependían tan estrechamente del Estado como los episcopados y demás órdenes, en el tiempo de las formaciones nacionales y europeas y del Patronato Regio de la Corona de España. No eran tan domesticables por los poderes temporales. Hay que señalar, sin embargo, que los enciclopedistas, sus acérrimos enemigos, fueron unánimes en considerar a las Misiones del Paraguay como una obra grandiosa, desde Voltaire a D'Alembert.

Y claro está, una fuente capital de la propaganda antijesuítica provino de los sectores colonialistas de América del Sur, tanto españoles como portugueses. Finalmente, los propósitos fueron logrados. Veamos su resultado.



Misión de la Candelaria. La casa aislada al costado de la iglesia y del cementerio estaba destinada a las viudas.

7. Agonía y muerte de las Misiones

Ruinas de la Iglesia de la Misión de San Miguel. Dibujo de V. Lancelot sobre esbozo de M. Demersay.

El talentoso marqués Francisco de Bucareli, hombre de la ilustración española, fue el escogido para la expulsión de los jesuitas y la reorganización de las Misiones. A poco de la partida de los ciento cincuenta jesuitas del Río de la Plata, que todo abandonaron con *"abnegación fantástica"*, según el protestante Mannsfield, El Cabildo del pueblo de la Misión de San Luis le envía a Bucareli un elocuente documento que sintetiza la situación: *"Ah! Señor Gobernador!, nosotros, que verdaderamente somos tus hijos, humillándonos ante tí, te rogamos con las lágrimas en los ojos, que permitas que permanezcan siempre con nosotros los Padres Sacerdotes de la Compañía de Jesús, y que para lograr esto, lo representes y lo pidas a nuestro buen Rey, en nombre de Dios y por amor suyo. Esto te piden con sus semblantes bañados en lágrimas el pueblo entero: indios y mujeres, mozos y muchachas: y particularmente los pobres: y en fin, todos... Además, tenemos que decirte que nosotros no somos en modo alguno esclavos, ni lo fueron nuestros antepasados; ni es de nuestro gusto el modo de vivir parecido al de los españoles, que miran cada uno solamente por sí, sin ayudarse ni favorecerse unos a otros. Esto es sencillamente la verdad: te lo decimos. ¿Quieres que te lo digamos todos? Pues este pueblo, y otros también, se perderán en breve tiempo para tí y para el Rey y para Dios; caeremos bajo la influencia del demonio, y ¿dónde entonces encontraremos socorro en la hora de nuestra muerte?"* (28 de febrero de 1768). Y lo que siguió, fue la pérdida más atroz de las Misiones, que aún prolongaron su vida tenazmente varias décadas, bajo la conjuración de las fatalidades.

El enfoque de Bucareli respondía las concepciones más adelantadas del iluminismo español, era netamente propietarista individual y, queriendo hacer libres a los indios al modo burgués, los desquició o les hizo desertar masivamente de sus Pueblos. Los religiosos que reemplazaban a los jesuitas, por lo común franciscanos, no estaban preparados para este nuevo ambiente y los nuevos Administradores, casi todos correntinos y paraguayos, estaban ligados a los viejos intereses del comercio y la encomienda. Un ávido latrocinio se desencadenó sobre los bienes y tierras indígenas. La libertad de comercio terminó por descomponer todo el sistema misionero, en complicidad con los burócratas. En 1793, en su Diario, consignaba Juan Francisco Aguirre: *"es notoriamente más veloz la ruina por la mayor desmembración de los pueblos, enajenación primero en usufructo, luego en propiedad, de la tierra y demás bienes"*.

Las Misiones no se terminaron abruptamente, sino que se desangraron sin pausa. La deserción de tapes, artesanos y vaqueros, ya hacia el Litoral, ya hacia los dominios portugueses fue incesante. Estos últimos, como lo indica Aurelio Porto en su *Historia das Missoes Orientales do Uruguay*, variaron su política tradicional, y procuraban atraerse la emigración de familias enteras. Y apenas se les

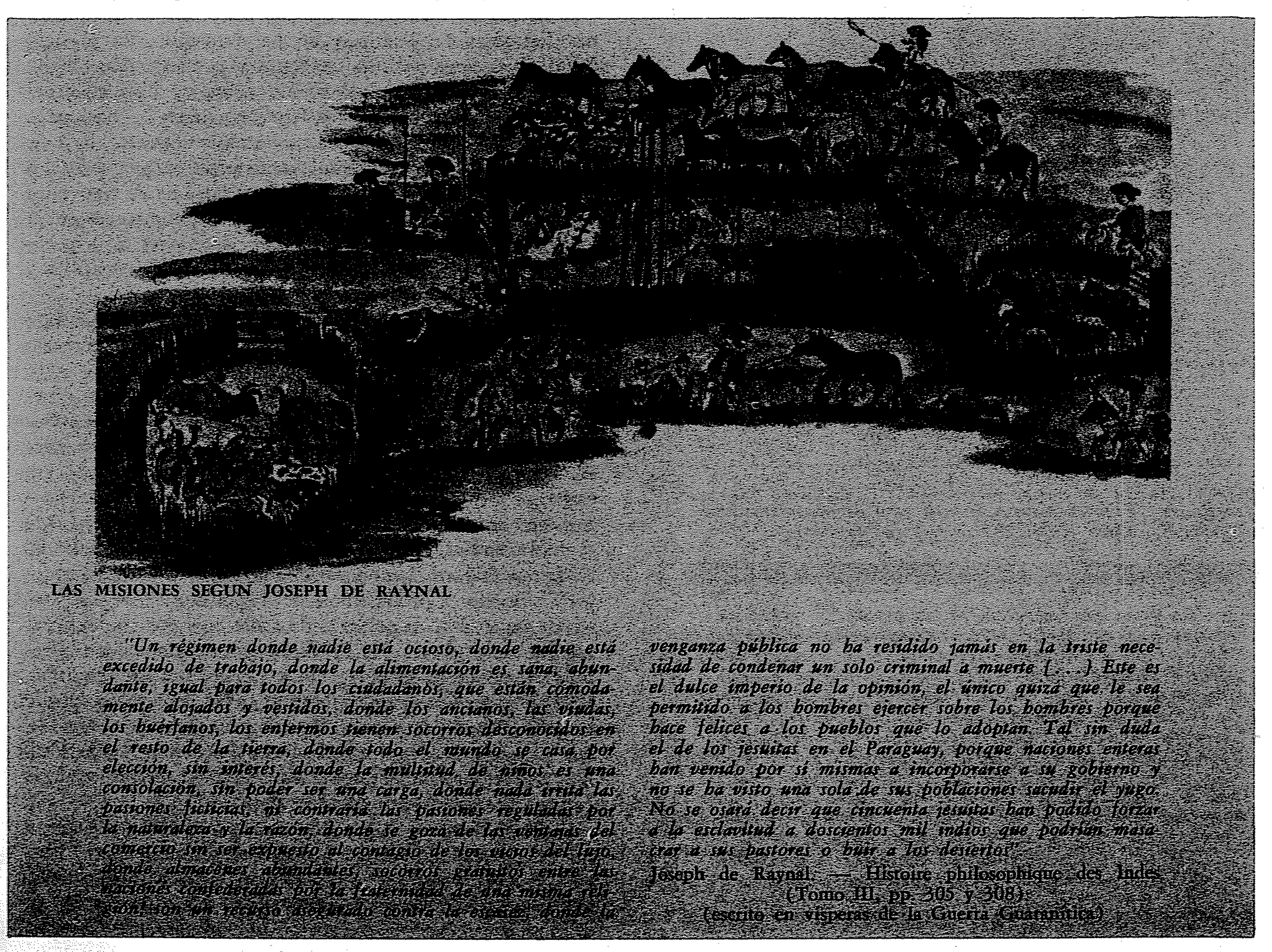
presentó la oportunidad, en 1801, ocuparon sin dificultades las Misiones Orientales. La administración portuguesa no fue aquí menos devastadora.

José Artigas es el último gran capítulo de la historia de las Misiones. El primer caudillo de los orientales fue el último de los guaraníes. Quizás allí resida la más profunda originalidad y fuerza del artiguismo, la de haber conjugado dos tradiciones que parecían antitéticas: la existencial de las Misiones y el mejor espíritu de las viejas Leyes de Indias, con las nuevas corrientes de la Ilustración española. Lo que Azara no comprendía, fue lo más vital de Artigas. Por eso, el artiguismo fue un profundo movimiento social revolucionario, el más grande que conociera la Cuenca del Plata. De tal modo, las oligarquías lo rodearon con sus tenazas desde Buenos Aires y Río de Janeiro. Y así, con la derrota de Artigas, se consuma también la tragedia definitiva de las Misiones.

El Exodo del Pueblo Oriental de 1811, había sido en realidad el repliegue de Artigas hacia sus bases de sustento, el Yapeyú, su centro de poder, en el corazón de la Cuenca del Plata. Artigas nunca más abandonará su plataforma guaraní. Por eso, cuando la invasión portuguesa de 1815, el escenario de las batallas decisivas es las Misiones. Su hijo adoptivo tape, Andresito Artigas, gobernador del Yapeyú, sostendrá el mayor peso de la guerra y la resistencia. Será la ruina total de las Misiones, sistemáticamente arrasadas por el general Chagas. Todos los pueblos de las Misiones fueron saqueados e incendiados, excepto, los que quedaron bajo jurisdicción paraguaya. La larga agonía, se concentró en un postrer esfuerzo y colapso.

Así, tras casi cincuenta años de pasividad, los guaraníes se movilizaron junto a Artigas para la epopeya final, que cierra la historia de las viejas Misiones Jesuíticas. Habrá todavía algún coletazo de estertor. De las Misiones Orientales, los últimos centenares acompañan a Fructuoso Rivera en su fulminante campaña de 1828. Y con ellos, Rivera fundará el pueblo de Santa Rosa del Cuareim (luego Bella Unión). Trasladados en 1832 al centro del nuevo Estado Oriental del Uruguay, a Durazno, los tapes terminarán diluyéndose entre el paisanaje, al que, por otra parte, habían contribuido a formar desde sus orígenes.

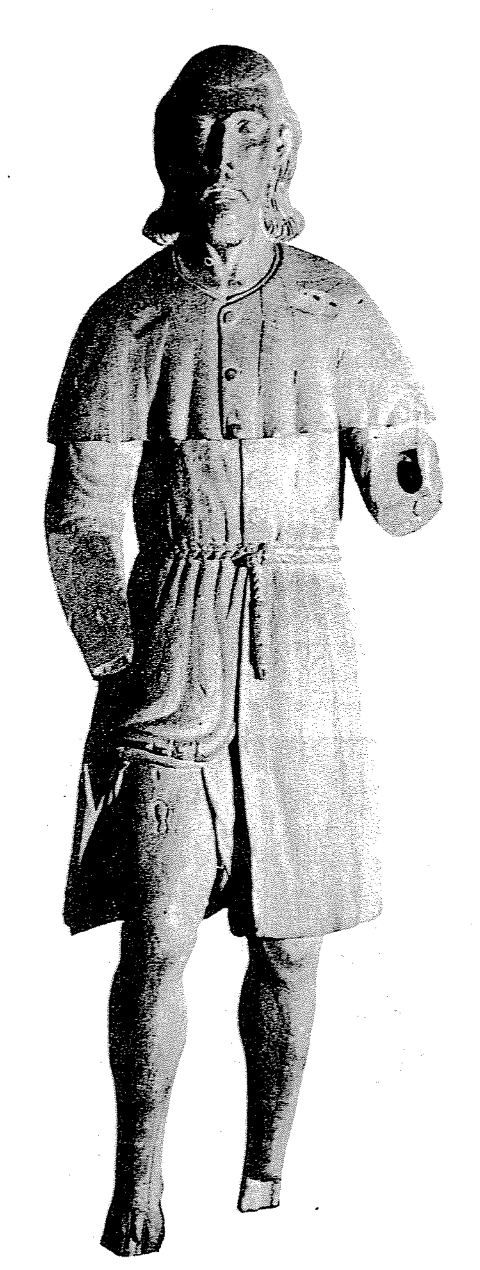
Con los Tratados de 1851, Andrés Lamas remata jurídicamente la cuestión. El Estado Oriental del Uruguay reconoce la pertenencia de las Misiones Orientales al Imperio del Brasil. De tal modo, la vieja área misionera quedará descoyuntada entre Paraguay, Argentina, Brasil y el Uruguay, que quedó con los aledaños de las grandes vaquerías que alcanzaban hasta el Río Negro.



LAS MISIONES SEGUN JOSEPH DE RAYNAL

"Un régimen donde nadie está ocioso, donde nadie está excedido de trabajo, donde la alimentación es sana, abundante, igual para todos los ciudadanos, que están cómodamente alojados y vestidos, donde los ancianos, las viudas, los huérfanos, los enfermos tienen socorros desconocidos en el resto de la tierra, donde todo el mundo se casa por elección, sin interés, donde la multitud de niños es una consolación, sin poder ser una carga, donde nada irrita las pasiones ficticias, ni contraría las pasiones reguladas por la naturaleza y la razón, donde se goza de las ventajas del comercio sin ser expuesto al contagio de los vicios del lujo, donde almacenes abundantes, socorros gratuitos entre las naciones confederadas por la fraternidad de una misma religión son un recurso asegurado contra la escasez, donde la venganza pública no ha residido jamás en la triste necesidad de condenar un solo criminal a muerte (. . .) Este es el dulce imperio de la opinión, el único quizá que le sea permitido a los hombres ejercer sobre los hombres porque hace felices a los pueblos que lo adoptan. Tal sin duda el de los jesuitas en el Paraguay, porque naciones enteras han venido por sí mismas a incorporarse a su gobierno y no se ha visto una sola de sus poblaciones sacudir el yugo. No se osará decir que cincuenta jesuitas han podido forzar a la esclavitud a doscientos mil indios que podrían masacrar a sus pastores o huir a los desiertos".

Joseph de Raynal. — Histoire philosophique des Indes
(Tomo III, pp. 305 y 308)
(escrito en vísperas de la Guerra Guaranítica)



"San Roque". Talla en madera de la Escuela de imaginería jesuítica-guaraní. (Museo Histórico Nacional. Montevideo).

"Yo deseo que los indios, en sus pueblos, se gobiernen por sí, para que cuiden de sus intereses como nosotros de los nuestros. Así experimentarán la felicidad práctica y saldrán de aquel estado de aniquilamiento a que los sujeta la desgracia. Recordemos que ellos tienen el principal derecho, y que sería una degradación vergonzosa para nosotros, mantenerlos en aquella exclusión vergonzosa que hasta ahora han padecido por ser Indianos. Acordémonos de su carácter noble y generoso, enseñémosles a ser hombres, señores de sí mismos. Para ello demos la mayor importancia a sus negocios".

José Artigas
Nota al Gobernador de Corrientes,
de 3 de mayo de 1815.

8. Nuestra conciencia histórica de las Misiones

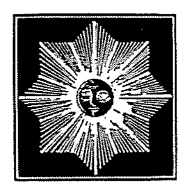
Hemos recorrido, en apretadas síntesis, desde el sentido de Cristo, que da razón del sentido de la obra jesuítica con los guaraníes, hasta el enclave histórico y geopolítico en que se constituyeron las Misiones, y mostramos cómo éstas configuraron un singular régimen político-económico, que finalmente es destrozado. ¿De qué modo su ausencia actual nos es presente?

La guerra ideológica desatada alrededor de las Misiones Jesuíticas del Paraguay no ha terminado. En el siglo XVIII fue tema político candente y controvertido. Inglaterra, Holanda y Portugal fueron usina de libelos antijesuitas, y éstos han dejado una firme huella en la conciencia, que la investigación histórica moderna, sistemática, ha descartado esencialmente. No sólo estuvieron en juego allí los intereses del colonialismo, de los encomenderos, sino también los del naciente Imperio Británico, que a través de su embajador Keene *"tuvo un rol muy activo en la preparación del Tratado de 1750 y en la expulsión de los jesuitas"*, según anota Clovis Lugon.

Todo esto es ya historia pasada, pero ¿tienen algo que mostrarnos todavía las Misiones Jesuíticas? Veámoslo someramente.

Durante el siglo XIX rioplatense, las Misiones, fueron tema de "clericales" y "anticlericales" o liberales. Sus fuentes primeras entre nosotros, están para los liberales en Félix de Azara, aquél gran ilustrado español que sin embargo defendió el punto de vista de los encomenderos, en tanto que la literatura reivindicativa la inicia el Deán Funes, con su *"Ensayo de la Historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán"* de 1815-17. Casi todos los historiadores prominentes del siglo, emitieron sus puntos de vista sobre la cuestión de acuerdo a esas coordenadas ideológicas primordiales. El último gran detractor será Leopoldo Lugones en su obra: *"El Imperio Jesuítico"* en 1906, si bien posteriormente renegó de ella. El asunto quedó luego en manos de grandes investigadores jesuitas, argentinos y brasileños, cuya máxima expresión será la de Guillermo Furlong. No tomamos en cuenta aquí, claro está, la copiosa literatura europea al respecto.

En el Uruguay, la preocupación por las Misiones Jesuitas puede resumirse en dos nombres fundadores, el "liberal" Andrés Lamas y el "jesuítico" Francisco Bauzá. El primero, artífice final de la entrega de las Misiones Orientales al Brasil, tuvo sin embargo una intensa preocupación



por el mundo Misionero, como si éste fuera un fantasma del que su conciencia no pudiera desembarazarse. El segundo, dedicando un libro entero de su obra, capital en la configuración de la historiografía uruguaya, *"Historia de la Dominación Española en el Uruguay"* (1880-82). Pero luego, las Misiones quedaron borrosas en la conciencia histórica uruguaya. El país había sido acotado por el puerto de Montevideo, miraba hacia los océanos y no hacia sus espaldas americanas. Y hoy, lógicamente, con la crisis de la inserción histórica uruguaya en los sistemas ultramarinos europeos, acorde con los nuevos rumbos latinoamericanos de nuestras necesidades, con la reaparición forzosa como escenario primordial de la Cuenca del Plata, nuestra conciencia histórica tiene otra vez las Misiones a la vista.

La vuelta hacia adentro del Uruguay, le conduce a reasumir en profundidad todo su contexto histórico de la América meridional, a penetrar los caminos del tape. Nuestro futuro nos abre las puertas de un pasado más rico y de potencialidades aún inéditas.

Una de esas potencias históricas son las Misiones. Y éstas no sólo nos despejan una dimensión poco comprendida de la significación de Artigas, sino que, con él, apuntan a las más candentes urgencias de nuestro tiempo. Pues las Misiones fueron una experiencia de desarrollo social, técnico y económico, de promoción de pueblos atrasados, a altos niveles para su época, por una singular conjugación de socialismo y conciencia cristiana. Como un "cristianismo primitivo" americano, y entendiendo primitivo en el sentido de primigenio.

"La República Guaraní era sin duda demasiado comunista para los cristianos burgueses y demasiado cristiana para los comunistas de la época burguesa", define con justeza el católico Clovis Lugon. En efecto, las tradiciones socialistas desde el siglo pasado están demasiado contaminadas por los viejos prejuicios de sus enemigos, y por su lucha contra formas religiosas caducas, como para distinguir y apreciar lo esencial de las Misiones Jesuíticas. Aquí y allá pueden señalarse excepciones, como la de R. B. Cunningham Graham (*A Vanished Arcadia.* Londres, 1901). Por otra parte, los cristianos de la "época burguesa", se aferraron a ideas propietaristas individuales, y querían disminuir a toda costa la índole colectivista del régimen misionero. Querían hacer de la propiedad común de los recursos productivos un mero pasaje transitorio para la propiedad individual. La estructura misma de las Misiones desmiente tales pretensiones. Por el contrario, pone a la luz hasta que punto es viable entre los hombres, con eficiencia, con estabilidad, con empuje solidario, una actividad económica basada en la propiedad colectiva y en el incentivo, no de lucro, sino moral, de fundación religiosa, cristiana, respetuosa y promotora de la persona humana. Pues la razón última del colectivismo, para que no degenere en despotismo, reside en la conciencia común y enraizada del amor, y su misteriosa potencia sustentadora y valiosa de suavidad, fuerza y responsabilidad, paciencia y esperanza.

Así, las Misiones están enclavadas, mudo y elocuente testimonio, más allá de las ruinas de la dominación, en la entraña misma de la problemática ecuménica de nuestro tiempo, del nuestro propio, uruguayo, rioplatense y latinoamericano.



En este número, dibujos de Domingo Ferreira

BIBLIOGRAFIA

Introducciones al tema:

BAUDIN, Louis. — *Une theocratie socialiste: L'Etat Jésuite du Paraguay.* Paris Ed. Genin 1962.

POPESCU, Oreste. — *Sistema Económico en las Misiones Jesuíticas.* Barcelona. Ed. Ariel 1967.

GUILLERMOU, Alain. — *St. Ignace de Loyola et la Compaignie de Jesus.* Ed. du Seuil. Paris, 1960.

GUILLERMOU, Alain. — *Les Jesuites* Ed. Presses Universitaires (Col Que sais-je?). Paris, 1961.

Estudios globales (siglo XX)

PORTO, Aurelio. — *Historia das Missoes Orientais do Uruguay.* P. Alegre, 1937.

FURLONG, Guillermo. — *Misiones y sus pueblos de Guaraníes.* Buenos Aires, 1962.

LUGON, Clovis. — *La Republique Communiste Chretienne des Guaranis.* Paris, Ed. Economie et Humanisme, 1949.

HERNANDEZ, Pablo. — *Organización social de las Doctrinas Guaranies de la Compañía de Jesús.* Barcelona, 1913.

PABLO, Pastells. — *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay.* Madrid, 1912-1949.

Estudios Globales de la época (siglos XVIII y XVII).

CARDIEL, José. — *Breve Relación de las Misiones del Paraguay.* (Escrito en 1770, publicado integramente en Pablo Hernández).

PERAMAS, José. — *La República de Platón y los Guaranies. 1793.* (Ed. argentina Emecé, 1947).

BRUNO DE ZABALA, Francisco. — *Informe del Gobernador de los treinta Pueblos de Misiones Guaranies y Tapes.* Buenos Aires, 1784.

RUIZ DE MONTOYA, Antonio. — *Conquista espiritual hecha por los religiosos de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y tape.* Madrid, 1639.

ERRATA

En el Nº 3 de la Enciclopedia, pág. 53, las lineas 9, 10 y 11, al pie del grabado, deben ser sustituídas por el siguiente texto: dominio islámico; se hizo madrina de la Santa Inquisición, volviéndose una oveja sumisa de los dominicos, promovidos a

Carátula: *Reducción jesuítica de San Juan (1750).*

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

Enciclopedia

Cuaderno

Tomo I

1 enciclopedia
+ 1 cuaderno

$ 85